

un reparto equitativo de las cuotas correspondientes a cada clase, a cada grupo; para que la cosa resultase justa y objetiva. A título de ejemplo: no parecería muy cierto afirmar que, en los últimos cien años de historia española, los obreros de toda especie (a pesar de ser la inmensa mayoría de la población) hayan creado «climas» perdurables y dominantes en la sociedad peninsular. Es muy dueño A. Garrigues de echarnos las culpas a «todos». Ya es más difícil que consiga convencerlos de la justicia de esa imputación.

El planteamiento global del escrito me ha producido (no sé si es un efecto calculado o no) la sensación de que A. Garrigues piensa que poco más o menos «estamos donde estábamos», cuando personalmente creo que sólo unos pocos «están donde estuvieron». Eso es —entre otras cosas— olvidar las estadísticas, tanto del INE cuanto de «Ruedo Ibérico», demostrativas todas de los profundísimos cambios que ha habido en la sociedad española, incluidos los niveles de conciencia o ideológicos. Con esos planteamientos previos resulta fatal el tener que concluir en que España necesita «todavía» (¡qué tremendo «todavía»!) «una educación política profunda y generalizada». Nunca está de más, naturalmente. Y cuanto más profunda sea, mejor. Pero sabido es que la conciencia universal ha definido, desde fines del siglo XVIII, al ejercicio político en una serie de textos y «Declaraciones» de general conocimiento de los que, entre otras cosas, acaba uno aprendiendo que la educación política únicamente se adquiere con la práctica de dicho ejercicio. No parece que haya ya mucho que discutir sobre el tema. Todos sabemos que el «catón» empieza por esas despectivamente tildadas de «formales» libertades democráticas con cuya ausencia se provocan autodidactismos, heterodoxias y (seamos eufemísticos) hambrunas de ser persona. Pero de eso no somos «todos» responsables, ni mucho menos. Y si lo de responsables se usa en sentido de «culpables», entonces, en absoluto.

Por último: la crítica interna

del trabajo de A. Garrigues revela, más explícitamente aun que el propio autor, el encuadramiento político de éste. Uno de los bandos en discusión cree que el pueblo español está «mal dotado» para la democracia, entre otras causas por las de la envidia, el extremismo, la superficialidad y el individualismo (página 5); los defensores de esta tesis son partidarios, «como es lógico», de regímenes autoritarios, recogiendo la herencia del despotismo ilustrado (páginas 5 y 6). Garrigues acaba diciendo (página 18) que cree en un pueblo español efectivamente poco dotado para la acción y la participación (sic) política por causas que, entre otras, incluyen «el individualismo, la pereza y la envidia». Es decir, casi literalmente, el diagnóstico emitido por los partidarios de los regímenes autoritarios.

Yo me pregunto si basta con que A. Garrigues manifieste su creencia de que forma parte del grupo «evolucionista» para que tal cosa sea tenida como cierta, cuando él mismo define al comienzo del artículo cuál es la opción política derivada de un diagnóstico como el que termina las páginas que firma. Y cuando llama «piruetas democráticas» a todas las soluciones democráticas no paternalistas (o sea: democráticas), exceptuando tan sólo al proceso de «educación política profunda y generalizada», que recuerda tan de cerca —por su ingenuismo y su arcaísmo— al «todo para el pueblo, pero sin el pueblo», ya que, evidentemente, no puede autoeducarse quien no está educado, según los planteamientos de A. Garrigues. No veo, pues, lógica ninguna en la pretensión del autor de excluirse (página 6, párrafo 3) sin duda de entre quienes aparecen como herederos del despotismo ilustrado.

En esta tesitura no puede admitirse su acusación a todos los españoles porque el país no haya podido acceder a ese género de convivencia (evidentemente malo pero mejor que ninguno de los restantes) al que en los libros en donde hemos podido estudiarlo en todas sus variantes se otorga el nombre (tan viejo como de 2.500 años) de democracia. ■ G. FATAS.



EDUARDO DE GUZMÁN, PREMIO INTERNACIONAL DE PRENSA

Eduardo de Guzmán —colaborador habitual de TIEMPO DE HISTORIA— ha obtenido recientemente el Premio Internacional de Prensa, que se concede en Niza durante el transcurso del Festival Internacional del Libro. Su obra «El año de la victoria» (Editorial Gregorio del Toro, Madrid, 1974) consiguió el acuerdo favorable de un Jurado formado por representantes de siete de las más prestigiosas revistas del mundo: «L'Espresso» (Italia), «Le Nouvel Observateur» (Francia), «The Observer» (Inglaterra), «Tagesanzeiger-Magazin» (Suiza), «Nin» (Yugoslavia), «Newsweek» (Estados Unidos) y «Triunfo» (España), semanario que había propuesto el libro de Eduardo de Guzmán.

El reconocimiento internacional de la valía de «El año de la victoria» consagra el esfuerzo de un escritor como Eduardo de Guzmán, que se vio durante muchos años postergado a trabajos de pura supervivencia. La salida al público de «El año de la victoria» o «1930, historia política de un año decisivo», han supuesto para el lector español el descubrimiento de la valía de un escritor y periodista hasta entonces casi desconocido.

De Eduardo de Guzmán hemos publicado en TIEMPO DE HISTORIA «Ifni, un territorio del Sahara mucho tiempo olvidado» (número 1), «1930: Tránsito de la Dictadura a la República. Un discurso que hizo caer un trono» y «Revisión de la CNT» (número 4), y «Significación del 1.º de mayo. La huelga general de 1886 en Chicago» (número 6).